

El sótano de la mente

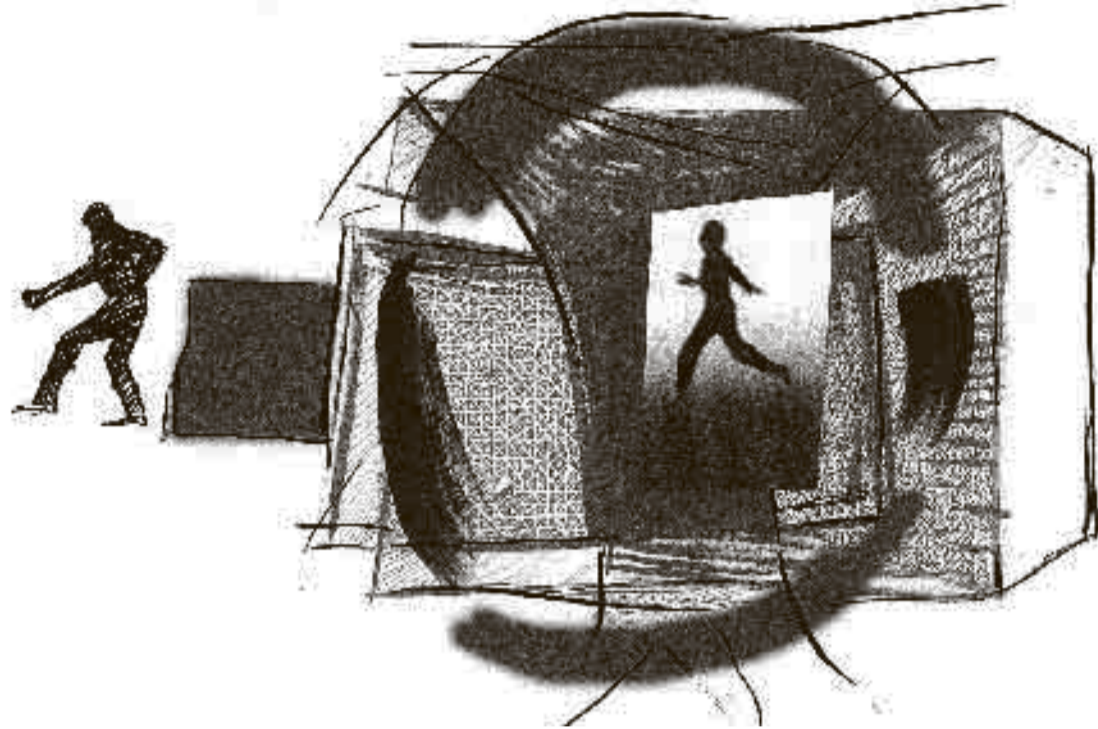
ANDRÉS MONTERO GÓMEZ

Lo primero que debemos concluir cuando conocemos casos como el secuestro de una joven por su padre en Austria es su excepcionalidad. Encerrar a una niña en un sótano y someterla a abusos durante décadas es una anomalía estadística en el ser humano, cierto, pero también nos revela hasta dónde llegan los confines ilimitados de nuestra conducta como especie.

La conducta del ser humano sólo es superada por su imaginación para hacer el bien y para hacer el mal, para proveer cuidado y para hacer daño, imaginación que en sí misma ya es un arranque para el comportamiento. La mayoría de los agresores sexuales, muchos de los agresores de mujeres y buena parte de los asesinos planificados han recreado en su mente los actos violentos antes de llevarlos a cabo. Cualquier cosa que imaginemos es capaz de hacerla el ser humano. Las atrocidades son a menudo individuales y ocasionales si tenemos en cuenta que la inmensa mayoría de la población convive sin llegar a extremos ni siquiera cercanos. Sin embargo, los seres humanos tenemos la mayor de las habilidades mentales para justificar humillaciones, brutalidades y sadismos cuando lo hacemos en grupo, en el anonimato, cuando nos distanciamos de la víctima y la cosificamos.

La historia moderna, nuestro pasado siglo XX, es testigo de nazis, de estalinistas y de milosevics que han despojado al humano de su mínima condición personal. Ahora, en la misma actualidad de nuestros días, una banda criminal en

«Aunque sea doloroso escucharlo o leerlo, cuando una persona llega a desarrollar conductas de posesión de otra, las relaciones interpersonales familiares previas son un facilitador del abuso»



JOSÉ IBARROLA

Euskadi es capaz de mantener a un ser humano en un zulo la décima parte de tamaño que el austriaco durante 500 días, o de secuestrar a un joven y matarlo de un tiro en la nuca en 48 horas. Es cierto que ninguno de estos dos ejemplos sobre ETA escenifican la conducta atroz de un padre con sus hijos, pero nos dan cuenta de que los mecanismos mentales para sobrepasar límites están en todos los seres humanos.

El ingeniero austriaco **Josef Fritzl** ha mantenido a su hija veinticuatro años privada de libertad y separada del mundo. El presunto criminal construyó una realidad paralela, completamente al margen, desagregada de la sociedad, para diseñar en su interior un escenario de sometimiento y anulación de otro ser humano, de reinado individual, de expresión de poder omnímodo y totalitario. Aunque sea doloroso escucharlo o leerlo, cuando una persona llega a desarrollar conductas de posesión de otra, las relaciones interpersonales familiares previas son un facilitador del abuso. La mayoría de

los abusos cometidos contra niños y niñas provienen de familiares de primer y segundo grado. Hay un número indeterminado de mujeres maltratadas que llevan décadas encerradas en el sótano de sus vidas, ultrajadas, humilladas, anuladas y violadas.

En el punto en el que estamos es complicado reconstruir la historia de abuso de Josef con exactitud, pero sí es posible anticipar cómo tenía estructurada su mente. Aunque es probable que hiciera vida normal, con dedicación laboral e incluso familiar, también es muy seguro que pasara sobre esta vida pública muy superficialmente, como un personaje anodino y, si no, como alguien rutinario. Ignorando todavía las condiciones en las que comenzó a construir su reinado del terror, lo cierto es que es mucho más sencillo hacerlo cuando sometes a un ser humano en la primera década de su vida que si lo haces después. Al igual que el caso de **Natascha Kampusch**, introducir a una joven de alrededor de diez años en un mundo paralelo,

«Hay un número indeterminado de mujeres maltratadas que llevan décadas encerradas en el sótano de sus vidas, ultrajadas, humilladas, anuladas y violadas»

disociado del exterior, sometido a un conjunto de reglas totalitarias, es sencillo para un adulto determinado a hacerlo, sobre todo en entornos rurales o en contextos de aislamiento previo. Si además están presentes lazos afectivos o apego parental, la facilitación es bastante probable y la adaptación del menor al nuevo mundo con nuevas reglas, cuestión de unos pocos años.

Lo cierto es que una vez traspasada una línea, en el momento en que Fritzl hubiera probado a tener a su hija desaparecida durante, digamos, una semana sin observar consecuencias en su entorno, comenzaría a fantasear

con tener un lugar propio en el mundo donde sólo mandara él, donde solamente sus reglas fueran observadas, donde su voluntad fuera la única ley, donde otro ser humano dependiera de él en términos absolutos. Con toda probabilidad, los primeros abusos incestuosos comenzarían a consolidar la realidad paralela en la mente de Fritzl y a acelerar el proceso de adaptación de su hija ultrajada. Comenzado ese camino, ya es complejo detenerse, porque la propia conducta actúa como un escultor de la mente, desarrollando justificaciones para las decisiones tomadas y los abusos cometidos, que pasan inmediatamente a reetiquetarse como actos que sólo Fritzl y su hija entienden, propios de un mundo propio, que nadie debe conocer porque nadie comprendería, al que nadie debe acceder porque les privarían de su derecho a ser *felices* de la manera que la voluntad del criminal ha impuesto y conquistado por la fuerza de su impunidad. En esa realidad paralela del torturador, el incesto, la procreación con su propia hija y, sobre todo, la reordenación de códigos morales para producir una equivalencia mental entre hija, posesión, amante verdadera, felicidad y mundo propio se convierten en procesos naturales.

Con todas las prevenciones lógicas en este momento, lo que estoy por anticipar es que Josef Fritzl no tiene más enfermedad mental que el secuestrador de **Natascha Kampusch**, que es tan normal en términos psicopatológicos como los torturadores de **Ortega Lara** o como la inmensa mayoría de los agresores de mujeres. La tragedia es que estamos ante personajes sin patología mental que en un momento de sus vidas comienzan a articular una fantasía totalitaria sobre cómo poseer a otro ser humano, cómo anularlo y cómo, a través y a costa de esa anulación criminal, encontrar un trágico lugar en el mundo. El destino de todos ellos, ese nuevo lugar en el mundo donde llegar a realizarse, al que adaptarse por décadas, debe ser la cárcel.

Andrés Montero Gómez es director del Instituto de Psicología de la Violencia.



VIVIR PARA CONTAR

Final feliz para el asalto y captura por piratas del barco atunero español. Similar al sufrido días atrás por

los tripulantes de un yate de lujo. Liberados sus tripulantes tras abonar un elevado rescate. Situaciones que parecen anacrónicas. Acostumbrados a imaginar filibusteros de torva mirada, parche en el ojo y pata de palo, con loro parlanchín al hombro. Enrolados en bergantines en los que ondea la negra insignia de la calavera y los huesos cruzados, a la caza y captura de galeones cargados con fabulosos tesoros. Los suponíamos desaparecidos en el tiempo. Desalojados por los turistas de sus enclaves caribeños, costas birmanas o arrecifes del Mar del Coral. Escenarios en los que fondeaban al abrigo de playas cristalinas rodeadas por el verde exuberante de palmeras y cocoteros. Pero tan boyante actividad persiste, aparte de en

Piratas

nuestro entorno, disfrazada de cuello blanco, en otra zona con gran tradición bucanera, los alrededores del golfo de Adén.

Zona geográfica en la que se desarrollan las peripecias de **Henry de Monfreid** recogidas en una obra que no desmerece a la más elaborada ficción, **Los Secretos del Mar Rojo**. Con un ritmo trepidante este osado aventurero francés relata sus andanzas en los albores del siglo pasado. Un variopinto cóctel en el que se mezclan contrabando de armas, perlas, hachís y tráfico de esclavos bajo la mirada complaciente de los protectores galos.

En uno de sus pasajes más llamativos describe una intervención quirúrgica practicada por un sanador local para restañar la

«Los suponíamos desaparecidos en el tiempo. Desalojados por los turistas de sus enclaves caribeños, costas birmanas o arrecifes del Mar del Coral. Escenarios en los que fondeaban al abrigo de playas cristalinas»

herida de un nativo provocada por una lanza que le había perforado el abdomen y el estómago. Con una técnica operatoria sorprendente desde la óptica exquisita de alta tecnología sanitaria a la que estamos habituados. Pero que resulta una maravillosa lección

de etnología acerca de la utilización de remedios ancestrales para sanar, de acuerdo con las posibilidades del terreno. El operador, después de introducir las manos en manteca asada, en un ejercicio de antisepsia avant la lettre, las cubre con el peritoneo de una res recién sacrificada a guisa de guantes estériles. Una vez descubierta la cavidad abdominal con una gubia, un ayudante le acerca hormigas gigantes recogidas en un tarro, de tal guisa que muerdan los márgenes de la herida. En ese instante, con un rápido movimiento de manos, las descabeza, quedando de este modo perfectamente cerrados los bordes. Notable habilidad demostrativa de su pericia en estas artes, practicadas en infinidad de ocasiones.

MANUEL MOLINA BOIX



De la mano del mal, la humanidad desarrolló en el hombre la capacidad para ayudar a sus semejantes enfermos. Desempeño que sobrevuela períodos históricos y culturas. En el caso descrito no se trata ya de que un brujo o hechicero implorase mediante conjuros y ensalmos la mediación de fuerzas ocultas como cabría suponer en sociedades tan primitivas. Es un ejemplo de transmisión de técnicas artesanales. Aunque aún desprovisto del paso adelante, crucial, que se estableció en la antigua Grecia de preguntarse el porqué de las cosas, germen de la medicina científica. En todo caso la intervención descrita señala que aunque pueda haber piratas en los lugares más insospechados, también hay gentes dispuestas a ayudar al prójimo en sus desgracias en parajes en los que en nuestra soberbia creíamos dejados de la mano de Dios.